

De los movimientos a las movidas

Sandro Ventura Schultz*

En una época sin horizontes político-culturales definidos, ¿cómo evaluar las formas de organización y acción que producen los jóvenes? ¿Con qué criterio evaluar sus formas de participación social y política?¹

Si las hipótesis planteadas en el capítulo anterior tienen sentido, entonces resulta inadecuado observar la participación política de los jóvenes en los mismos términos de hace tres décadas, entre otras cosas, porque el sistema político del Perú post oligárquico está colapsado. Los rasgos que caracterizaban la cultura política de aquellos jóvenes son, precisamente, los que hoy se cuestionan desde dentro de nuestro país y fuera de él. Nuestro sistema político, estructurado en las últimas décadas desde el populismo², se encuentra algo más que agotado. En este sentido, el invencible “tsunami Fujimori” se explicaba a inicios de los noventa como la principal consecuencia de una crisis que convirtió a las izquierdas y a los partidos reformistas de los sesenta en “partidos tradicionales”. Si bien existen consideraciones estructurales que explican esto en el Perú y en el mundo, es necesario resaltar que gran parte de esta crisis está asociada a la inmadurez con la cual nuestros líderes políticos asumieron sus responsabilidades públicas. El desprestigio de los políticos se debe a la incapacidad de estos para haber realizado programas en favor de nuestro desarrollo y, que duda cabe, a la manipulación y corrupción que muchos de ellos se

* En: Ventura Schultz, Sandro. *Contrajuventud. Ensayos sobre juventud y participación política*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos. 2001. pp. 93-115.

¹ Este capítulo fue trabajado gracias al apoyo brindado por CARE y CEPES, y al empuje de Mariano Valderrama. Además de revisar la bibliografía existente se realizaron entrevistas a líderes juveniles y universitarios de Lima, Trujillo y Huamanga. El trabajo de campo se realizó después de la temporada electoral del año 2000.

² Carlos Franco, 1991. Franco sostiene que la cultura política del populismo configure el sistema político post oligárquico, lo cual se expresa en la relación que establece la plebe urbana con los líderes carismáticos populistas. Una relación de pacto al corto plazo condicionado a la capacidad de estos de ofrecer recursos para la integración social de aquellos. Es decir, la plebe urbana se adhirió al populismo (un tipo de relación de utilización mutua) mas no a los actores populistas, a quienes intercambió cada vez que fue necesario. Esto estableció un sistema político (gobierno, partidos, gremios, organizaciones sociales de base, etc.) que involucró no sólo al APRA y al velasquismo, sino también a Acción Popular, el Partido Popular Cristiano y a las propias izquierdas.

afanaron en hacer gala. El fujimorismo y su impunidad se apoyaron, paradójicamente, en el rechazo que los ciudadanos expresaban cada vez que los personajes y las ideas del pasado político amenazaban con volver.

Vivimos una época donde las ofertas político-culturales del populismo son consideradas anacrónicas. Para entender que quiere decir ofertas político-culturales es necesario explicar la noción de circuito político: es el conjunto de relaciones que se establecen entre distintas instituciones y grupos sociales desde el marco de determinadas doctrinas o programas políticos, y en función a los asuntos del Poder.

Los circuitos del populismo fueron varios. Los más amplios y consistentes se organizaron alrededor del APRA, Acción Popular y las nuevas izquierdas. A modo de ejemplo vamos a caracterizar al último de ellos, el cual estuvo conformado por cuatro esquinas o instancias: los políticos profesionales (partidos políticos); los profesionales e intelectuales (universidades, ONGs, etc.); los dirigentes populares de base (gremios, organizaciones populares, iglesia de la liberación, etc.); y los artistas y comunicadores sociales en general (grupos de teatro, poesía, música, etc.). Las relaciones entre ellas fueron de mutua dependencia: la rápida extensión de las nuevas izquierdas se debió, entre otros factores, a su vinculación estrecha con los dirigentes populares de base, del mismo modo que la cobertura local o nacional de estos líderes sociales se apoyó en los recursos ideológicos y materiales que los profesionales y dirigentes políticos compartían a través de ONG, Iglesia y partidos políticos. La esquina de los profesionales promovió la cohesión de este circuito a través de la realización de proyectos de desarrollo que descansaban en las organizaciones populares y apuntaban al reforzamiento de prácticas sociales inspiradas en la educación popular y determinadas formas de democracia directa. Desde su esquina los artistas e intelectuales contribuyeron a cimentar la imagen de un país dirigido hacia la construcción de una Nación Popular, de "todas las sangres". Tampoco fue casual que intelectuales, profesionales y artistas estuvieran vinculados entre sí a través de la militancia o la simpatía hacia algunos partidos políticos puesto que estos se constituyeron como puntos nodales del circuito de las nuevas izquierdas.

Entendido así, las ofertas político-culturales consisten en invitaciones a distintos grados de participación en cualquiera de las esquinas de los circuitos políticos en pugna. Un ejemplo de oferta: hace quince años una muchacha universitaria o un

chico de barrio se cruzaban con integrantes de bibliotecas populares, ONGs, Iglesia(s) y partidos políticos que constantemente ofrecían un modo de ver el mundo (discursos ideológicos) y espacios donde realizar actividades (instituciones y organizaciones) en favor de la comunidad o del país en su conjunto. Ofertas ideológicas que invitaban a un modo de ser joven.

Existía un sistema político, constituido dentro del horizonte antioligárquico, favorable a ideas consideradas en ese entonces como progresistas, reformistas o revolucionarias, que prometían novedades y valores que buscaban eliminar el trecho entre el dicho y el hecho. Pues bien, los distintos circuitos políticos populistas se han derruido con una rapidez tal que nos obliga a evocar como lejano algo que funcionó en su máxima expresión hasta la gran desilusión gestada con los fuegos artificiales de Alan García. Estas formas de representación y participación se vacían de contenido y la agenda política de la sociedad en su conjunto varía hacia una cultura política afín al neoliberalismo. Así, el estrepitoso fracaso del populismo se convierte en la justificación más convincente para el desarrollo de una cultura política basada en la valoración del mercado y la reducción del carácter planificador del Estado. Por todo ello, considerar la cultura y participación políticas de los jóvenes de hoy con los referentes del populismo es un anacronismo que no se sostiene sino en la terquedad de aquellos que comparan su propia juventud con la actual, sin reconocer que ellos o sus coetáneos han fracasado como héroes modernos.

Para comprender la cultura política de los jóvenes y sus formas de participación política es necesario elaborar, entonces, criterios a partir de su propia experiencia. Esta finalidad hace imprescindible un repaso histórico de los movimientos universitarios y de las movidas juveniles donde los jóvenes han sido los protagonistas.

La juventud como trampolín: los movimientos universitarios El movimiento universitario en el Perú surge en la lucha por la Reforma Universitaria bajo la inspiración del Manifiesto de Córdova sumándose así a la ola que en América Latina estallaba desde las universidades más antiguas del continente (Del Mozo, 1967). En 1919 suceden las primeras tomas de locales y las huelgas en la Universidad Mayor de San Marcos.

Al año siguiente la Ley 4004 reconoció las principales demandas estudiantiles y se creó la Federación de Estudiantes del Perú liderada por Víctor Raúl Haya de la Torre.

La universidad se convertía así en un foco de agitación política e intelectual donde estudiantes progresistas y profesores civilistas se encontraban claramente enfrentados. En 1923, ante el intento del Presidente Leguía de consagrar al Perú al Sagrado Corazón de Jesús, el movimiento universitario organizó una protesta que tuvo la adhesión de los sindicatos obreros. Hubo muertos y heridos en el enfrentamiento con la policía. La consagración no se produce pero los principales líderes estudiantiles son deportados y el movimiento universitario es disuelto por la represión. Esta será la partida de nacimiento no sólo de la Federación de Estudiantes del Perú sino de una generación de políticos e intelectuales progresistas que poco tiempo después fundarán revistas como Amauta y partidos políticos como el APRA.

Entre la caída de Leguía y el sospechoso triunfo electoral de Sánchez Cerro, el movimiento universitario se reactiva en defensa de las conquistas alcanzadas una década atrás. Ciertamente en esta reactivación el interés académico estaba subordinado a la propagación del aprismo y a la agitación política en favor de la candidatura de Haya de la Torre como el político con más opción frente al golpista Sánchez Cerro. Una vez más, entre 1930 y 1931, el movimiento universitario ganaba presencia política mucho más allá de la universidad, agitando la escena política del país.

Quince años más tarde Bustamante y Rivero triunfa en las elecciones gracias al apoyo del aprismo. Esto coincide con una sorprendente acumulación de fuerzas del Apra en los sindicatos de trabajadores y empleados, en las federaciones de estudiantes (escolares y universitarios) y en las nuevas clases medias. En el Gobierno se nombran ministros apristas y en el Congreso la presencia del Apra era notable a pesar de encontrarse en la ilegalidad. En este contexto favorable al aprismo el movimiento universitario logra la aprobación de la ley 10555, la cual rescataba los principales planteamientos de la Reforma Universitaria. Asimismo se nombran autoridades universitarias de la misma filiación. Todo ello indicaba una hegemonía aprista que se expresaba en intolerancia y sectarismo y que afectaba en la práctica los principios fundamentales de la Reforma Universitaria que esa misma influencia había conquistado.

Cuando Odría da el golpe de Estado en 1948 no sólo se reinicia la persecución de los líderes apristas sino que se reprime al movimiento universitario, recesándolo.

La siguiente ola del movimiento universitario mostrará la pérdida de influencia del Apra en la universidad, lo cual corresponde con el debilitamiento de su capacidad de convocatoria en el liderazgo de las banderas antioligárquicas. En el gobierno de Prado surgieron nuevos grupos universitarios que cuestionarían el liderazgo aprista al punto de arrebatarle la conducción de la Federación en 1959. Las nuevas organizaciones eran la Democracia Cristiana, el social Progresismo, Acción Popular y diversos grupos de izquierda marxista. Una nueva generación de líderes e intelectuales aparecía en favor del cambio al interior de la universidad y, en principio, sin vinculación alguna con la escena política nacional. Se trataba de una renovación académica que los llevaría a conseguir la aprobación de una nueva ley, la ley 13417, y con ello el fortalecimiento de la Federación de Estudiantes.

En 1960 se sucedieron incidentes entre la Federación y el Gobierno que demostrarían el peso moral de los líderes universitarios en la escena política, al punto de lograr la destitución de dos ministros y ganar para sí la atención de la prensa en los principales espacios de opinión política. Sin embargo, en este proceso, la universidad Peruana comienza a masificarse sin capacidad de ofrecer una educación profesional y científica acorde con un modelo de país moderno que las fuerzas antioligárquicas reclamaban. Como se sabe, los movimientos universitarios logran visibilidad por su capacidad para presionar y enfrentar a los Gobiernos de turno pero no logran, a pesar de haber construido correlaciones favorables al interior de los claustros, la transformación de la universidad en función a los ideales democráticos y populares inspirados en el Manifiesto de Córdoba.

La influencia de los nuevos grupos políticos fue breve y se acabó una vez que las izquierdas coparon los gremios estudiantiles. Es importante anotar que San Marcos ya no era la única universidad politizada. Durante los sesenta en la Universidad Nacional de Ingeniería, la Universidad Nacional Agraria y la Pontificia Universidad Católica del Perú aparecían grupos de estudiantes con vocación social y política por fuera de la influencia aprista y de los cuales surgirán nuevos líderes e intelectuales de los modernos partidos de derecha e izquierda en nuestro país.

La década de los sesenta puede ser identificada como la etapa en la que el movimiento universitario se atomiza y pierde toda capacidad de influencia en la vida académica y en los procesos políticos nacionales. No sólo se reinicia una nueva etapa de sectarismo y extremismo verbal sino que el gremialismo es copado por los grupos de izquierda más conservadores como Patria Roja.

Durante los años ochenta, desprestigiada la actividad gremial de los estudiantes, la quietud universitaria será abrumadora. La violencia política no hará sino agravar esta situación. Sendero Luminoso realizó en las universidades nacionales la misma estrategia de amedrantamiento y la misma práctica sectaria y dogmática que aplicará contra las organizaciones populares del campo y la ciudad, y la reacción del estudiantado fue el repliegue. Otros grupos como la Juventud Mariateguista (base juvenil del Partido Unificado Mariateguista) y los sectores de Patria Roja que no asumieron la lucha armada, se enfrascaron en una lucha sin cuartel por el control de la Federación de Estudiantes y lo único que lograron fue alejar aún más al gremio de sus potenciales representados. De este modo las izquierdas, legales e ilegales, contribuyeron a desprestigiar la actividad política en la universidad. Por eso, cuando las comisiones interventoras del gobierno de Fujimori echaron por tierra la autonomía universitaria (vieja conquista de los movimientos universitarios) hubo una especie de silencioso festejo por la desaparición de lo que los estudiantes llaman, todavía hoy, “la politiquería”.

A inicios de los noventa los circuitos político-culturales se diluyen convirtiendo a la universidad en una isla y dejando en orfandad a las nuevas promociones de estudiantes que no encuentran canales para participar en la vida política de la sociedad. Los centros federados y las federaciones universitarias, entonces, cambian el eje de su activismo y lo orientan a la recreación, al deporte y a los servicios (fotocopias, etc.). Por otro lado, aparecen las asociaciones de estudiantes con fines estrictamente académicos que organizan seminarios y coloquios con apoyo de la universidad y sin ninguna vinculación con las ONG ni con los centros de investigación más reconocidos.

En resumen, las conquistas académicas del movimiento universitario durante el siglo XX fueron burocráticas mas no programáticas. Si bien se consiguieron

progresivamente las reformas planteadas por el movimiento universitario durante el siglo XX de ello no se obtuvo necesariamente una universidad moderna y científica integrada a los procesos de cambio y desarrollo (Bernaes, 1974; Sagasti y Chávez, 1998). Por el contrario, la hegemonía del APRA y luego de Patria Roja contribuyó a empobrecer la vida académica de las universidades.

Por lo general el movimiento universitario tuvo una dinámica reactiva: se activó cada vez que la escena política nacional se polarizaba. Mientras tanto la universidad Peruana se masificaba (o se "democratizaba") y la calidad de su servicio descendía a niveles de mediocridad insospechados³. En este panorama las universidades privadas aparecían como instituciones estables y con capacidad para cumplir la misión que la sociedad y las familias les demandaban.

Este rápido repaso histórico nos indica algo muy importante: cuando el movimiento universitario influyó en la escena política nacional, lo hizo desde la protesta callejera o desde la provocación gestada en las aulas universitarias. Impactos efímeros que funcionaron, en realidad, como refuerzo a la presión que ejercieron, con mayor o menor éxito, las fuerza antioligárquicas hasta mediados de la década de los sesenta. La relevancia histórica del movimiento estudiantil consistió en su capacidad para formar y lanzar a la arena política nuevas promociones de líderes políticos. Para ser un dirigente político nacional había que dejar de ser, lo antes posible, una "persona en transición". Haya de la Torre, en ese sentido, constituye todo un símbolo. En los veinte lidera las manifestaciones contra la Consagración del Sagrado Corazón de Jesús. En los treinta ya ha madurado como jefe del APRA y como líder histórico de las fuerzas antioligárquicas. De este modo no había organización política que no encuentre en el movimiento universitario una fuente para la formación de sus liderazgos. A fin de cuentas, el movimiento universitario era parte del circuito político cultural que constituía aquel sistema político que llamamos populismo.

³ "Volvíamos a enseñar en la universidad y hasta reocupamos dos veces más la rectoría de San Marcos. Tuvimos que tratar con jóvenes de todas las procedencias y nos dimos cuenta de que al hombre Peruano o le faltaban neuronas, o las consumía con facilidad de rayo, o la ausencia de proteínas lo tenían tan postrado que los casi campeones mundiales de fútbol de 1936, tuvieron necesidad de mucho esfuerzo para sobresalir algo en 1973 y se perdieron en el olvido a partir de entonces. Los estudiantes empezaron a hacer huelgas no para pedir mejor enseñanza, ni mejores profesores, ni mejores equipos, sino menos tiempo de estudios y menos requisitos para graduarse. Se llegó a la peregrina conclusión de que los estudios generales salían sobrando, que se podía ser doctor sin una tesis y que era posible ser profesor sin doctorado. "¿Estamos progresando?" Luis Alberto Sánchez. El Perú: nuevo retrato de un país adolescente. Mosca Azul editores, 1983.

Las movidas juveniles: mirándose al ombligo

¿Por qué hablar de movidas y no sólo de movimientos juveniles? En primer lugar, «movimiento» puede ser asociado a la noción de “movimientos sociales”, sea en la acepción acuñada por Alain Touraine o en el uso que las ciencias sociales locales dieran al término (Ames, 1981): dinámicas reivindicativas de organizaciones sociales de base con proyección hacia la acción política. En segundo lugar, la palabra “movimientos juveniles” refirió en nuestro país a “movimientos estudiantiles”, especialmente a los universitarios. Como se verá a continuación, los casos que presentaremos no pueden ser considerados en el universo de las organizaciones populares ni estudiantiles; tampoco están orientados hacia la crítica ideológica del sistema capitalista, ni del orden patriarcal ni del imperialismo. Son “movidas”, además, porque no están centralizadas institucional ni políticamente. No forman parte de circuito político alguno.

Las movidas juveniles que surgen a partir de los ochenta no tienen ningún protagonismo político en el país y mucho menos alguna forma de intervención en el sistema político, sin embargo hacen visible por primera vez a grupos y actividades propiamente juveniles. Si antes se trataba de líderes universitarios, por un lado, y líderes populares, por el otro; ahora se trata a secas de líderes juveniles.

Las organizaciones juveniles de barrios populares desarrollaban actividades de servicio a la comunidad y básicamente desde el terreno cultural: bibliotecas populares, grupos de danza y música, talleres de lectura, grupos de animación cristiana, etc. Eran grupos que de alguna forma se constituían gracias al apoyo y el seguimiento de promotores parroquiales y profesionales de ONG y por ello su discurso giraba en torno a la solidaridad, la justicia y el valor de la diversidad cultural (“todas las sangres”) (Tejada, 1990). Se trataba de grupos de pares que funcionaban como instancias de socialización cívica, no política; y que brindaban un soporte emocional relativamente estable en un periodo de crisis económica y de creciente violencia política (Ruiz y Cánepa, 1986; Cánepa, 1990; Cánepa y otros, 1992).

Son las ONG, y en menor medida el Estado, las que desarrollaban y promovieron los discursos sobre la juventud a través de eventos, coordinadoras metropolitanas, mesas de trabajo, revistas y publicaciones que buscaron dar cuenta

del nuevo "movimiento" juvenil en favor de la democracia en ámbitos públicos y privados. De aquí saldría una nueva generación de líderes sociales y de militantes y simpatizantes de partidos de izquierda legales e ilegales; los cuales hoy, algunos de ellos, ya maduros, trabajan como funcionarios de ONG y de diversos gobiernos locales a nivel nacional.

Fue a mediados de esa década que un segundo fenómeno juvenil acapararía la atención de los noticieros de la televisión, a saber, la movida subte. Ante la mirada sorprendida de los periodistas, se trataba de extraños jóvenes que despotricaban contra "el sistema" en conciertos de rock organizados contra cualquier connotación comercial y gritaban canciones contaminadas de insultos y lisuras contra la mediocridad de las costumbres y la vida social. Lo cierto es que detrás de esa agresividad verbal se gestaba un movimiento que intentaba renovar la música y las artes plásticas desde una postura libertaria y que producía revistas, fanzines y cassettes desde un circuito estrictamente informal y muy intenso. Acaso la experiencia más interesante fue la Carpa Teatro del Puente Santa Rosa. La Municipalidad Provincial de Lima cedió, a mediados de los ochenta, un terreno que fue ocupado por un grupo de artistas y estudiantes de arquitectura que ya venían construyendo espacios arquitectónicos de participación social. "Los bestias", así se les conocía, levantaron una carpa con materiales reciclados y de bajo presupuesto en la cual se desarrollaron conciertos de rock y música popular, así como festivales de teatro y danza, entre otras actividades escénicas; haciendo de la Carpa un espacio de producción artística y de activismo cultural independiente.

Se trataba de una juventud radicalizada desde el ejercicio artístico aunque sin vínculos con el sistema político. La movida subte no tuvo ninguna relación relevante con partidos políticos, ONG, organismos culturales del Estado ni instituciones culturales de cualquier tipo. Su dinámica fue autónoma y paso desapercibida para los principales medios de comunicación de cobertura nacional. Por ello, su nivel de influencia fue inicialmente restringido y apenas estableció algún contacto con el mundo universitario. La movida subte no constituyó nada orgánico sin embargo es necesario destacar el protagonismo de bandas que transitaban desde el rocanrol hasta el postpunk como Leucemia, Narcosis, Escuela Zerrada, Voz Propia, entre tantas otras.

Durante la década siguiente la movida va a dar lugar a nuevas experiencias artísticas en el terreno de la música y las artes audiovisuales. Sus antiguos personajes, músicos amateurs y activistas clandestinos, se convertirán en reconocidos artistas y promotores culturales que fundaran nuevos grupos musicales, sellos discográficos “alternativos”, productoras de eventos, sellos editoriales, entre otras actividades que serán acogidas por la prensa y en menor medida por la televisión, logrando así nuevas y más amplias coberturas y, en algunos casos, sorprendentes éxitos frente a un público joven sin demandas ideológicas y políticamente desprotegido.

La década de los noventa se inicia con el gobierno de Fujimori con todo lo que implica de rechazo al sistema político constituido con base en los diversos discursos políticos populistas (sean reformistas o revolucionarios). Aquí resulta necesario resaltar lo siguiente: el rechazo a los partidos políticos se maceró desde la década de los ochenta y el fracaso del alanismo no hizo sino más que confirmar y reforzar esa tendencia. No era inicialmente un rechazo electoral como bien lo demuestra Martín Tanaka (1999), sino una profunda desconfianza basada en la amenaza de la manipulación y la demagogia. No es casual que a finales de esa década hayan sido los partidos ilegales, los frentes electorales y finalmente los candidatos “independientes”, no los partidos políticos, los que hayan concentrado las simpatías decisivas de los ciudadanos.

Al comenzar los años noventa las organizaciones de barrios populares se encontraban fuera de su circuito natural (las ONG se replegaban, lo mismo que la Iglesia de la Liberación, y los partidos políticos convertían su existencia en nominal) y se replegaban “dentro de los muros de la parroquia”. La movida subte, por otro lado, se debilitaba en su propio radicalismo y se veía disminuida por la presión que ejercen contra ella Sendero Luminoso y las fuerzas policiales. Finalmente, los grupos políticos universitarios desaparecieron y los gremios estudiantiles redujeron su activismo al fomento de la recreación y los deportes (son contados los casos donde el interés académico reemplaza al político).

Si algún protagonismo adquieren los jóvenes al inicio de la década pasada es a través de las llamadas pandillas juveniles y las barras bravas. Fue una figuración donde no se haya ningún contenido político puesto que se trató de una relevancia

estrictamente social (y más precisamente policial). Ambos fenómenos han sido sobrestimados por la prensa y dan cuenta, sin embargo, de los niveles de exclusión social al que están expuestos hoy los jóvenes en el país. Estos tipos de agrupaciones ofrecen a los jóvenes espacios para adquirir una identidad y sentirse protegidos ante la incertidumbre cada vez más grave de la vida social (Cánepa, 1990; Panfichi, 1994). Se trata de fenómenos típicamente adolescentes que se resuelven individualmente una vez que los jóvenes encuentran algún trabajo o responsabilidad social, es decir, cuando "maduran" y se sienten "integrados".

Se trata de formas de agrupación donde los jóvenes encuentran un espacio de reconocimiento, donde se sienten acogidos simbólicamente en un espíritu compartido -el amor a la camiseta- o se sienten dueños de un territorio -el barrio- que les brinda un sentimiento de pertenencia que la sociedad no puede ofrecerles. Como sostiene la psicóloga María Ángela Cánepa, en este tipo de grupos los jóvenes buscan trascender el anonimato de la exclusión social a través de una violencia sin fines que expresa un sentimiento de "peor es nada". Ellos parecen decir: "preferimos ser protagonistas de la anomia que las sobras de un bienestar que nunca podremos alcanzar".

Cuando ya se había hecho sentido común pensar que los jóvenes eran absolutamente displicentes con lo público político, existían empero algunas manifestaciones culturales que daban cuenta de una porción de la juventud interesada por dar testimonio de la "crisis" que se desarrollaban en el ámbito de la música no comercial, los concursos de cómics, el teatro independiente y las producciones audiovisuales alternativas y que venían produciendo discursos críticos sobre la sociedad y el sistema político. Movidas que giraban en torno a sí mismas y sin ninguna pretensión de universalidad pero que intentaban otorgar nuevos sentidos sociales a los circuitos artísticos de Lima. Este fenómeno sucedió al margen de los medios de comunicación y las ONG y se fue agotando en la medida que no logró insertarse en los mercados culturales masivos. Pocos trascendieron como los NSQ y los NSC, los Mojarras, La Liga del Sueño, Mar de Copas y Pataclun. Esta escena se encuentra hoy claramente recesada⁴ y si produjo algún contenido político fue por defecto. Es la promoción de artistas que se reafirman en su displicencia frente al sistema político. Antes que indiferencia se trata de una postura crítica absoluta y que renuncia a lo

⁴ Acaso la excepción que confirme la regla se encuentre en la producción de las artes plásticas de Lima, las cuales se hacen cada vez más sensibles a discursos críticos. Los trabajos presentados en los Salones Regionales y la Bienal Nacional de Lima del 2000 dan cuenta de ello.

público a pesar de su demanda por mayor sinceridad y transparencia en los asuntos públicos (Venturo, 1995).

Si algo destacó como indicador de que podían existir vinculaciones insospechadas entre los jóvenes y la política, fueron las notables y esporádicas marchas estudiantiles en defensa de la democracia, el estado de derecho y los derechos humanos que se iniciaron en junio de 1997⁵. A diferencia de las décadas anteriores esta vez no eran jóvenes de barrios populares ni artistas quienes eran celebrados por la prensa de oposición. Se trataba de universitarios que tomaban las calles venciendo al fantasma del terrorismo y al prejuicio de que en el Perú "ya nadie reclamaba". Esto significó una ruptura respecto de la pasividad que caracterizaba a la universidad en las últimas dos décadas. Como se sabe la irrupción de Sendero Luminoso en las universidades y la toma de las mismas por las Fuerzas Armadas así como el establecimiento de comisiones interventoras en las principales universidades nacionales no encontraron nunca mayor resistencia ni oposición entre los estudiantes. En todo caso contribuyeron a reforzar una inercia marcada por la desmovilización y el caos administrativo de dichas universidades. Si alguna Facultad prosperó fue porque adquirió cierta autonomía administrativa respecto del resto de la universidad pero en líneas generales el abandono académico siguió siendo el mismo. Acaso el indicador que mejor da cuenta de que en la universidad nacional "no pasa nada" sea la existencia fantasma de la Federación de Estudiantes y el triste monopolio que ejerce sobre ella aun hoy el movimiento de la "Nueva Izquierda" (proveniente de Patria Roja) a través de "Juventud Popular".

En resumen, las movidas no fueron sino manifestaciones sociales y culturales que giraron en torno de sí mismas. Experiencias urbanas propias de los barrios populares con cierta tradición de organización social y de los circuitos artísticos y culturales mesocráticos, donde los jóvenes se encontraron entre pares, viviendo su

⁵ Las marchas estudiantiles se iniciaron en junio de 1997 en protesta contra la destitución de los magistrados del Tribunal Constitucional. Al año siguiente, en conmemoración a la marcha del año anterior, se realizaron dos marchas en defensa de la democracia y los derechos humanos. La primera fue duramente reprimida por la policía el día que juramentaba Javier Valle Riestra como Presidente del Consejo de Ministros. La segunda se convocó una semana después en protesta por dicha represión. Finalmente, entre la primera y la segunda vuelta de las elecciones generales del 2000, los estudiantes universitarios se movilizaban permanentemente por las calles del centro de Lima y en los alrededores del local de la Oficina Nacional de Procesos Electorales (ONPE), protestando contra el fujimorismo y a favor de elecciones transparentes.

moratoria, lejos del sistema político, a pesar de las incursiones senderistas, y lejos de cualquier pretensión cultural contrahegemónica.

Las marchas (y contramarchas) estudiantiles

Es imposible reflexionar en estos meses sobre la participación política de los jóvenes sin tomar en cuenta lo que sucedió en las calles a propósito del proceso electoral del año 2000. Será por eso que los medios de comunicación fueron muy sensibles al protagonismo juvenil: la prensa de oposición celebraba el voluntarismo de los estudiantes universitarios mientras el “oficialismo” los tildaba de “violentistas” y “vagos”.

Las marchas estudiantiles de los años anteriores mostraron a una porción de la juventud que explícitamente se negaba a ser considerada parte del cliché de la “generación X”. Se trataba básicamente de estudiantes universitarios de diversos sectores sociales que constituían colectivos políticos con distintas finalidades intelectuales y organizativas⁶, los cuales, en la práctica, se agotaban en la movilización callejera. Una vez pasada la coyuntura de manifestaciones de respaldo a los magistrados destituidos del Tribunal Constitucional en 1997 se hizo evidente que no se reactivó ningún movimiento estudiantil universitario. Algunos colectivos continuaron con otro tipo de actividades pero siempre en dinámica de “trompo” a pesar de sus esfuerzos por influir en el sistema político a través de la Mesa por los Derechos de los Jóvenes (una red de organizaciones juveniles y las principales ONG que trabajan con ellas).

Las movilizaciones en la coyuntura electoral repitieron el mismo esquema de participación de 1997 y 1998 pero los estudiantes no parecían muy preocupados por los límites ya experimentados en las formas de participación que ellos practicaron desde sus inicios. Por su parte los medios de comunicación nos ofrecían una imagen de juventud que se resaltaba en fotografías donde la adrenalina callejera parecía ser el principal rasgo de su efervescencia. No obstante, la opinión pública la siguen

⁶ La cantidad de grupos que han aparecido en los últimos dos años es impresionante. No existe una estadística de los mismos pero sí puede deducirse el perfil de los mismos. Se trata de grupos de estudiantes universitarios de sectores medios que funcionan por fuera de la vida académica. Su identidad no pasa por lo “universitario” sino por lo “cultural” y lo “juvenil”. Tienen vínculos con algunas ONG de las cuales reciben capacitación e información a través de folletos o por Internet. Sus dinámicas son más bien locales y

escribiendo sus padres y profesores. Sin embargo, a pesar de estas limitaciones, si tomamos en cuenta lo que sucedía hace poco menos de diez años notaremos cambios sustanciales en la participación política de la juventud. ¿Cómo evaluar este protagonismo?, ¿cuáles son sus posibilidades y sus límites?

Como hemos visto en el primer capítulo, del estudio de APOYO se deduce que el perfil general de la juventud limeña no es humanista ni contestatario. Se trata de una juventud sintonizada con la industria cultural y, en ese sentido, resulta estrictamente convencional y típicamente juvenil. Sus preferencias las dicta el mercado del entretenimiento y las modas⁷. En lo que respecta a las actitudes hacia el país y la política alrededor del 61% califica la política como una actividad negativa, mientras que el 11% la valora positivamente. El resto no opina. Esto está asociado a una percepción de la política como un ente demonizado capaz de corromper a cualquiera a pesar de las buenas intenciones y de la voluntad de querer cambiar el mundo. Se trata de una especie de fatalismo que no permite, entonces, una actitud positiva y propositiva hacia la política (Rial, 1997). Así, predomina la desconfianza y la indiferencia, el repliegue del sobreviviente en desmedro de la noción de lo público político (Parodi y Twanama, 1993). Por otro lado, la encuesta muestra que los jóvenes dicen participar básicamente en organizaciones deportivas (44%) y de iglesia (20%). La filiación política es del 3% mientras un 11% manifiesta haber participado en alguna marcha o mitin político. De aquí se deduce que los jóvenes no participan en organizaciones políticas lo cual corresponde con la ausencia de espacios e instituciones que inviten y fomenten la militancia política, cultural o intelectual.

Es significativo, y por otro lado muy positivo, que uno de cada diez jóvenes limeños manifieste haber participado en alguna marcha o mitin político. Si algo caracterizó a la escena política Peruana de la última década, tal como hemos repasado en las páginas anteriores, fue la permanente quietud barrial y universitaria. Esto debido, entre otros factores, al agotamiento de los sujetos políticos populistas (partidos, frentes, grupos culturales, movimientos artísticos, corrientes de iglesia, etc.) y a esa distancia hacia la política que ya hemos analizado. Sin embargo, también es cierto que esta quietud debe mucho a las consecuencias de la violencia política. El

funcionan como núcleos de opinión. En las manifestaciones callejeras no tuvieron ninguna presencia pública.

⁷ Perfil de la juventud. Informe gerencial de Marketing, 2000. Instituto Apoyo. Para mayor detalle volver al capítulo segundo de este libro.

país vivió una polarización tal que todo aquello que fuera identificado como antisistema o contestatario corría el riesgo de ser acusado de senderista. Por ello, desde las marchas estudiantiles de 1997 uno de los lemas que los jóvenes coreaban para afirmar la legitimidad de su reclamo fue “somos estudiantes, no somos terroristas”. Si bien el fantasma sigue presente también es cierto que la gente en general, y los jóvenes en particular, ya le perdieron el miedo a expresar su disconformidad. Y eso es saludable para la vida cívica del país⁸.

Lo que distinguía a los líderes universitarios que promovían las marchas estudiantiles del resto de jóvenes está relacionado con sus historias familiares. Gran parte de los jóvenes con vocación política han sido estimulados por sus padres y sus padres se cuentan entre los ex militantes de partidos de izquierda y derecha. Se trata de familias que no rechazan las actividades en ámbitos público-políticos y que, inclusive, celebran y apoyan el activismo de sus hijos. En cambio los jóvenes que no lideraban estas actividades o que participaban tangencialmente compartían con sus mayores ese desprecio por la política y los políticos. Este mensaje lo heredaron de sus padres y tutores, de sus maestros y mayores, y su memoria histórica lo ha podido comprobar constantemente.

Otros rasgo fundamental entre los activistas estudiantiles tiene que ver con la edad: se trata de jóvenes que tienen 21 años de edad como promedio. Si bien están enterados de lo que significó la crisis económica y la violencia política de los años ochenta, tienen un recuerdo leve de esa coyuntura. Si bien saben que "la politiquería" contribuyó a esa crisis, que en la universidad nacional se tradujo en caos y mediocridad, al mismo tiempo la época de la militancia de las izquierdas les sugiere algo “histórico”. Por ello parecen menos condicionados por los fantasmas que provoca esta imagen demonizada de la política.

Finalmente, un tercer rasgo está asociado a la condición de género. Entre los líderes universitarios de Lima, más no los de provincias, el liderazgo parece compartido por igual entre hombres y mujeres. En algunos casos, las mujeres son presidentes de organizaciones gremiales o coordinadoras de grupos juveniles. Esto es

⁸ Sin embargo, en otros aspectos la sociedad peruana no parece haber resuelto las deudas de la violencia política. Acaso la indiferencia respecto al drama de los familiares de los desaparecidos y la injusticia que padecen los presos inocentes de cuenta de lo mucho que falta para saldar cuentas con la guerra y sus secuelas.

notable en los talleres de capacitación que realizan algunas ONG con ellos⁹, especialmente en los debates de la plenarias y en el trabajo de comisiones, donde la presencia de las mujeres es similar a la de los hombres.

Los jóvenes que marchaban en las calles tenían por referentes valores como "justicia", "libertad", "democracia" y "derechos humanos". Es a partir de ellos que organizaban sus convocatorias y sus lemas. Estos valores sustituyen, de alguna forma, los discursos ideológicos que los partidos ofrecían a los ciudadanos con vocación política en las décadas anteriores. Se trata de valores universales suficientemente amplios como para congregarse a jóvenes sin mayor experiencia en la agitación callejera y sin preocupaciones formalizadas, por ejemplo, en argumentaciones programáticas. Si uno les pregunta "por que marchan" obtiene por respuesta "porque defendemos la democracia". Si uno replica "que entienden por democracia", entonces es probable que obtenga respuestas tan variadas entre sí que los jóvenes tengan serias dificultades para ponerse de acuerdo¹⁰. Esto señala un límite prospectivo. Estos valores amplios y universales les permiten unidad para marchar pero resultan insuficientes para diseñar y realizar otro tipo de actividades políticas. Nótese que después de las marchas estudiantiles se incrementó la expectativa por el resurgimiento del movimiento estudiantil y el afianzamiento de nuevos líderes universitarios pero nada de esto sucedió. La quietud gremial en las universidades es aún apabullante y no parece tener visos de cambio¹¹. Lo mismo sucede en los barrios; salvo excepciones, como ya lo hemos señalado en párrafos anteriores, los grupos parroquiales no pueden trascender las paredes de la parroquia.

Estos valores dan cuenta de un malestar moral que recorre a gran parte de la población. Un malestar moral que todavía no cristaliza en nuevos discursos críticos sobre la sociedad y la política. Todavía más: no existen discursos críticos en la medida que los jóvenes (incluidos los universitarios) parecen tener cierta aversión a la palabra como instrumento de conocimiento y de crítica social. El desprestigio de los políticos

⁹ APRODEH, Calandria, Agenda Perú, IPEC, CEAPAZ, Asociación Cristiana de Jóvenes, entre otras.

¹⁰ Además de la encuesta de APOYO ya citada, estas reflexiones se basan en una investigación que realizara para el IEP durante 1999 con base en grupos focales y entrevistas en Lima metropolitana a jóvenes de distintos contextos sociales.

¹¹ Después de la marcha de 1997 se esperaba una reactivación del movimiento estudiantil. En la Universidad Católica se presentaron tres listas a la Federación de Estudiantes, lo cual confirmaba de alguna manera esa tendencia. Lo cierto es que dos de ellas no lograron reunir las firmas necesarias para participar en las elecciones y la lista ganadora fue, en realidad, lista única. Al año siguiente esa misma lista fue reelegida en un proceso en el cual volvieron a presentarse como lista única.

"tradicionales", entendidos como demagogos y corruptos, y el rechazo a las ideologías, identificadas con discursos contestatarios que justifican totalitarismos de distinto tipo, han generado una desconfianza radical a toda forma de discurso crítico. De allí que en las marchas existan reparos al perfilamiento de sus propios líderes (calificados de "figuretis") y aburrimiento respecto a cualquier ejercicio de oratoria (calificada de "puro floro"). Ciertamente existen excepciones pero la tendencia general parece ser la que aquí reseñamos. Sin curiosidad por la elaboración de discursos críticos y sin estímulo para forjar nuevos liderazgos, los estudiantes universitarios se muestran por ahora cómodos con el ejercicio de marchas, plantones y actividades de difusión a través del afichismo y el volanteo.

Así como el debate en la opinión pública se encuentra absorbido y agotado en el corto plazo, del mismo modo los jóvenes se encuentran saludablemente entusiasmados en actividades inmediatas que van despertando en ellos preocupaciones políticas que hasta hace algunos años les resultaban ajenas. Son pocos si los comparamos con el total de la juventud pero son notables y expresan con mayor vigor un malestar moral y una indignación que busca en eso que llamamos democracia un espacio alternativo ante la corrupción y la manipulación. Se trata de pequeños círculos concentrados básicamente en las universidades y con un consumo de la información poco usual entre los jóvenes (mas preocupados por las noticias deportivas y por las vidas de sus artistas favoritos).

En las provincias el fenómeno parece similar. Los grupos estudiantiles se encuentran en una tensión permanente entre el interés por actualizarse académicamente y el activismo político; la coyuntura electoral no hace sino estimular lo segundo en desmedro de lo primero. El ejercicio de reflexiones académicas alternativas que trasciendan el anacronismo de las universidades provincianas tiene serias dificultades y no parece ser suficiente el voluntarismo de algunos estudiantes universitarios. Por otro lado, las manifestaciones estudiantiles no tardaron en ocupar las calles inspiradas en las movilizaciones realizadas en Lima. De una u otra forma existen formas de comunicación casuales e interpersonales que permiten que las consignas y los lemas que se gritan en Lima se vayan extendiendo a otros lugares del país. Sus contenidos son fundamentalmente morales y corresponden con la ausencia de discursos políticos programáticos e ideológicos ya señalados anteriormente. Asimismo acciones generadas en Lima, como lava la bandera, se replicaron en Trujillo

y Tacna gracias al impacto en algunos medios de comunicación de oposición. En las provincias las marchas fueron mucho más esporádicas e impulsivas que en Lima. En Ayacucho y Trujillo las movilizaciones de estudiantes convocaron a miles de personas pero de ello no se derivó, del mismo modo que en las universidades de Lima, la reactivación del activismo político dentro o fuera de las casas de estudios de ambas localidades.

En Trujillo la marcha de 1997 convocó a alrededor de tres mil personas y la dinámica de la actividad fue estrictamente espontánea. En Ayacucho, entre la primera y la segunda vuelta del año 2000, se realizó igualmente una marcha de tres mil estudiantes con las mismas características. En ambos casos la iniciativa provino de dirigentes gremiales universitarios pero ello no indicaría ninguna capacidad de representación ni mucho menos de organicidad. Las universidades siguen quietas y ello permite que sectores vinculados a la Juventud Popular tomen sin mayor problema la conducción "formal" de las federaciones de estudiantes. En Lima sucede lo mismo y en ambos casos esa conducción es "pura cascara". La relación entre las marchas estudiantiles y los partidos políticos es inexistente. En Trujillo, si bien los líderes universitarios de la Universidad Antenor Orrego (UPAO) son militantes apristas, aparecen ante la comunidad universitaria como independientes y tal vez por ello no existen reparos a sus iniciativas y a su exitosa carrera gremial al interior de la universidad. En Ayacucho, en cambio, la orfandad es contundente y los líderes estudiantiles, carentes de recursos y referentes, apenas pueden sostener actividades sin mayor convocatoria y sin presencia gremial universitaria.

Por todo lo anterior no es exagerado afirmar que no existe movimiento universitario ni mucho menos. La vida en la universidad sigue siendo la misma antes y después de las marchas, tanto en Lima como en Trujillo y Ayacucho. Excepto algunos paneles llamando a la acción y al rechazo "a la dictadura de Fujimori y Montesinos" no se reactivó el activismo gremial ni han aparecido otras formas de acción y debate contestatarios. Es sintomático que en Lima y provincias el panorama sea semejante dado que en Lima los estudiantes tienen acceso a más información. Asimismo es interesante notar cómo en Trujillo y en Ayacucho el escenario sea semejante puesto que en el norte aún existen organizaciones partidarias con amplia experiencia en la movilización y con recursos para sostener un aparato político que funciona detrás de los líderes independientes mientras que en el sur andino no queda ni la sombra de lo

que fueron las organizaciones políticas legales e ilegales de las décadas anteriores. Dicho de otro modo, la apatía que reina en las universidades del país no dependería básicamente del acceso a la información ni de la capacidad organizativa de los activistas políticos. Sus causas son acaso estructurales y tienen que ver con lo que mencionamos al inicio del presente párrafo: la política es una actividad desprestigiante y desprestigiada desde la raíz, lo cual se agrava con la fuerza de las dinámicas de sobrevivencia que absorben física y anímicamente a los ciudadanos. El escenario es depresivo o, lo que es lo mismo, carente de horizontes políticos y culturales que permitan a los jóvenes líderes integrar las urgencias de la coyuntura con los ideales y las utopías en el largo plazo.

Cabe preguntarse que puede salir de todo esto. Después del movimientismo, ¿se reactivará el movimiento estudiantil? Aparentemente, no. ¿Las marchas contagiarán otros ámbitos de acción como el cultural y el recreativo?, ¿se establecerán formas de coordinación entre los grupos parroquiales y los universitarios?, ¿aparecerán nuevas corrientes intelectuales? Aquí dependerá de lo que las nuevas organizaciones universitarias y culturales pretendan realizar. De hecho, si los jóvenes no establecen alianzas con sus mayores, a modo de constituir circuitos político-culturales, va a ser mucho más difícil trascender la dinámica "juvenil" en la cual se encuentran ahora atrapados.

¿Se constituirán nuevas vanguardias artísticas contestatarias? Desde 1995 (Buntinx, 1999), las artes plásticas en Lima, y ya no necesariamente el teatro y el rock, vienen abordando temas críticos y abiertamente políticos. En la pasada coyuntura electoral algunas intervenciones artísticas en ámbitos públicos repercutieron en la opinión pública nacional e internacional y en el último. Salón Regional de Lima, previo a la Bienal Nacional, se ha hecho evidente el interés por tratar temas antes monopolizados solo por la movida subterránea.

¿Cuál es el aliento de mediano o largo plazo que se derivara de estas intensas y decisivas marchas contra el fujimorismo? Es necesario pensar en formas de estimulación que inviten (y exijan) a los jóvenes a mirar el mediano y el largo plazo. Para ello es imprescindible ofrecerles más y mejores recursos conceptuales y metodológicos para que maduren como sujetos políticos. Esto supone establecer canales de encuentro e intercambio generacionales que permitan integrar las

experiencias de los jóvenes y sus mayores, y revisar críticamente los proyectos que realizan los agentes del desarrollo para la promoción de la ciudadanía en la juventud.

El activismo como trampolín hacia la política.

El movimiento universitario en el Perú ha sido un actor político reactivo que apareció en los momentos de mayor polarización de la sociedad Peruana. Antes que reformar la universidad según los patrones de una universidad moderna y científica orientada al desarrollo, el movimiento universitario logró establecer mecanismos de administración de la universidad más democráticos (asistencia voluntaria, evaluación de profesores, representación en la asamblea universitaria, etc.). Sin embargo, estas conquistas fueron desaprovechadas y hasta pervertidas por grupos políticos que controlaron los gremios estudiantiles a partir de formas de acción política sectarias y dogmáticas.

El movimiento barrial forjado por las organizaciones juveniles de barrios populares se desarrolló al margen de las tensiones del sistema político durante la década de los años ochenta. Funcionó mas bien como una escuela de líderes sociales y ofreció a los pares allí congregados un soporte emocional en un contexto de crisis económica y violencia política.

Las movidas artísticas y culturales han sido y son todavía autocentradas, con la excepción de las artes plásticas de los últimos años. Sus elaboraciones son de corto plazo y se organizan, al igual que las marchas estudiantiles, a partir de valores universales y de clichés políticamente correctos y, por ello, inofensivos.

Las marchas estudiantiles, de horma semejante a los movimientos universitarios del siglo XX, funcionan a partir de dinámicas reactivas; pero a diferencia de sus antecesores, no tienen ningún nivel de influencia en la vida académica y extracurricular de la universidad. Las marchas expresan muy bien el malestar moral que los ciudadanos sienten respecto de la actividad política y la incapacidad de la sociedad para establecer institucionalidades que permitan canalizar demandas y construir representaciones mínimas.

Antes de los años ochenta la juventud como actor social o político no existía en nuestro país. Destacaban los líderes universitarios que pronto se convertían en intelectuales o líderes políticos con mayor o menor reconocimiento en la escena pública nacional. A partir de los ochenta y en adelante las manifestaciones "juveniles" se constituirán al margen del sistema político y alrededor de actividades culturales que no guardan ninguna relación con los ámbitos universitarios.

Recién hacia finales de la década de 1990 los jóvenes estudiantes se convierten en un actor público decisivo en la sensibilización y la protesta contra el uso y abuso del poder del Estado por parte del gobierno de Fujimori. Pero esta presencia más que afectar las correlaciones del sistema político lo que permite es expresar el malestar moral que recorría, y recorre todavía, a gran parte de la población del país.

Lo que vivimos en el Perú hoy tiene que ver con una crisis de imaginación, con una evidente incapacidad de imaginar un futuro distinto y, a secas, de bienestar colectivo. No sólo nos encontramos con las consecuencias de una larga recesión económica y con indicadores cada vez más claros de una anomia que afecta la vida cotidiana de las personas y las instituciones sociales. No sólo se debilita la institucionalidad pública a pesar de los esfuerzos de los gobiernos locales por establecer estabildades mínimas para el desarrollo. Durante el siglo XX discursos como el indigenista, el socialista y el antioligárquico permitieron que la sociedad y los actores políticos establecieran horizontes utópicos que generaron a su vez movimientos artísticos e intelectuales, partidos, organizaciones y frentes políticos, que contribuyeron a la transformación de la sociedad y el Estado. Hoy, en cambio, quienes tienen vocación política no encuentran referentes que les permitan escapar de la absolutización de un presente donde las dinámicas transnacionales son las dominantes. No existen discursos críticos ni tribunas para elaborarlos.

Los estudiantes, en su activismo coyuntural, así como las movidas culturales, expresan muy bien estas carencias ideológicas y programáticas que afectan al conjunto de la sociedad; y precisamente por ellas es que resulta tan difícil establecer formas de comunicación intergeneracional que nos permitan recuperar la historia contemporánea... y así estar en capacidad de reformularla y renovar las formas de acción política e intelectual en el Perú. Sin acción política renovadora va a ser muy difícil que se constituya una institucionalidad democrática efectiva y se establezcan las

condiciones para la realización de políticas de desarrollo autosostenidas e inspiradas en la justicia, la autonomía y la libertad.